



COMUNICACION: LA CRISIS DE LA ENSEÑANZA

LA CRISIS DE LA ENSEÑANZA DE COMUNICACION: EL CASO DEL BRASIL

Durante los tres últimos años las escuelas de comunicación del Brasil fueron muy atacadas por los dueños de periódicos, por algunas autoridades educacionales y por sectores militares. Se argumentaba (con cierta razón) que las escuelas registraban un nivel muy bajo de enseñanza, que la comunicación no tiene un objeto propio de estudio y además, que el mercado de trabajo para los periodistas estaba saturado: en consecuencia resultaba más conveniente liquidar la carrera universitaria de periodismo o en todo caso transformarla en un curso de especialización para los graduados en otras carreras tales como economía, ciencias sociales, medicina, urbanismo, etc. Una propuesta en este sentido fue presentada formalmente al Consejo Nacional de Educación, el más alto nivel de decisión en la estructura de educación del país en julio de 1980. (Ver CHASQUI No. 1, página 21).

Inmediatamente los gremios profesionales, periodistas, profesores y estudiantes de comunicación de todo el país iniciaron una contra-ofensiva para impedir la clausura de la carrera; señalando a los dueños de periódicos como los protagonistas principales de la embestida en contra de la reglamentación profesional del periodista. Eliminada la exigencia de la formación superior para el ejercicio del periodismo, la profesión quedaba abierta a cualquiera. Los periodistas reconocían la mala calidad de las escuelas y la saturación del mercado profesional. Argumentaban que éste no era un fenómeno específico de los cursos ni de la carrera de periodismo, sino de todas las áreas de la educación superior brasileña. Lo que había que hacer, era buscar el mejoramiento en la calidad de la enseñanza, descubrir nuevas áreas de trabajo, y no recurrir al simplismo de cerrar los cursos, equivalentes al avestruz que esconde su cabeza en su agujero.

Por la importancia del asunto (Brasil tiene hoy casi setenta escuelas de comunicación) y por la diversidad de puntos de vista expresados, CHASQUI publica aquí las deliberaciones de una mesa redonda que periodistas y profesores del Departamento de Comunicación de la Universidad de Brasilia sostuvieron en torno al tema. Precisamos que el rector de esta institución fue uno de los líderes de la campaña en contra de las escuelas. En el debate participaron los periodistas y profesores: Edemilson Siqueira Neto, Geraldo da Rocha Moraes, José Salomao David Amorin, María de Lourdes Torres, Pedro Jorge Pinto de Castro, Ubirajara da Silva, Venício Artur de Lima, Vladimir Carvalho y Walder de Goes. Suprimimos algunos detalles circunstanciales o locales que no cambian el sentido de las discusiones. (Dr. Luiz Gonzaga Motta).

Profesor José S. Amorin: Desde hace algún tiempo hemos constatado una serie de manifestaciones provenientes de diferentes sectores en relación a la calidad de la enseñanza de la comunicación. Es verdad que esta preocupación no es nueva. Al menos para nosotros, la enseñanza de la comunicación fue, en los últimos años, tema de congresos de la Asociación Brasileña de Enseñanza e Investigación de la Comunicación (ABEPEC), de reuniones nacionales de estudiantes de Comunicación y de deba-

tes internos en las escuelas. Tanto los profesores como los alumnos han denunciado la mala calidad de los cursos. Lo que a mí me parece nuevo, ahora, es la participación de sectores que antes se mantenían al margen de las discusiones. Estas manifestaciones han surgido de políticos, de autoridades educacionales y de propietarios de medios de comunicación.

En el actual debate se discute la calidad de los cursos de comunicación; se

discute también, lo que es nuevo, la propia necesidad de la formación en comunicación.

Este resumen nos permite situar la discusión en esta mesa-redonda. ¿Por qué el recrudescimiento de los debates sobre las cualidades de los cursos? ¿Cuáles son los intereses y actores en juego en la cuestión? ¿Hasta qué punto es válida la formación universitaria para profesionales de comunicación? Si esta formación es válida: ¿en dónde debe ser

cumplida?; ¿en los cursos de comunicación?; ¿en otros cursos?; y a nivel universitario: ¿qué suerte de curso debe preparar a los profesionales?; ¿el bachillerato?; ¿la maestría?.

Profesor Ubirajara da Silva: La cuestión central es la siguiente: los cursos de comunicación están en controversia, intentamos descubrir porqué. E intentamos averiguar porqué la situación de las escuelas de comunicación no es distinta de la situación de otros cursos, de otras escuelas, especialmente en el área de humanidades que, a consecuencia de la reforma universitaria de 1968, crecieron exageradamente. Este fenómeno fue denominado de explosión. Explosión de los cursos de comunicación, de los cursos de literatura y letras, de administración, economía etc. Entonces preguntamos: ¿porqué los cursos de comunicación están siendo elegidos en este conjunto de cursos si todos ellos tuvieron un aumento significativo de cupos desde finales de la década del 60 hasta hoy? ¿Porqué sólo se concentra el foco de la atención pública en el curso de comunicación si la crisis es general? A mí me parece que todos los cursos mencionados, cuya característica común es el bajo costo para su instalación y funcionamiento, están más o menos en la misma situación. Fue a consecuencia del bajo costo que los llamados "empresarios de la enseñanza" se motivaron para los proyectos en el área.

En otras palabras, los cursos de humanidades no exigían en la época grandes inversiones en términos de equipos y cuerpo docente calificado. En el caso específico de la comunicación, basta plantear la siguiente contradicción: hasta el final de los años 60, contábamos aproximadamente 20 cursos. Hoy tenemos 70. Esta diferencia desde el final de los años 60 hasta hoy, es decir, estos nuevos cursos de comunicación, surgen principalmente en los establecimientos privados de enseñanza. Frente a esta situación, entiendo que la crítica que hoy se dirige particularmente contra los cursos de comunicación tiene de hecho otra inspiración, no propiamente pedagógica.

Creo que algunos críticos están efectivamente preocupados con los cursos de periodismo, la carrera de periodismo. Estoy de acuerdo con las conclusiones del Sindicato de Periodistas y las Escuelas de Comunicación de Belo Horizonte en un análisis reciente del problema. Ellos entienden que lo que está realmente en juego es en realidad la reglamenta-

ción profesional del periodista, más precisamente el Decreto No. 83.284, de marzo de 1979, que prácticamente abolió la posibilidad de emplear periodistas sin formación superior, especialmente en los grandes centros, excepto en los estados y territorios que no tengan cursos o escuelas de comunicación ya instalados. Ese decreto, es bueno que se lo recuerde, fue una reivindicación del gremio de los periodistas (y no de las escuelas); tengo la impresión que gran parte de la crítica a los cursos y a las escuelas de comunicación encuentra origen en las grandes empresas periodísticas reacias a los términos del decreto citado. Este decreto actualiza la reglamentación del Decreto-Ley 972 de 1969 y establece que los profesionales para las funciones más importantes deberán ser buscados entre los formados, los egresados en escuelas de periodismo. En la crisis actual, estaría en juego, según este raciocinio, la reglamentación profesional que no agrada a los dueños de empresas pero es defendida por los Sindicatos de periodistas. Para no criticar directamente la reglamentación, los críticos atacan a los cursos de comunicación que son blancos más fáciles y más frágiles por una serie de deficiencias de funcionamiento que podrían hasta ser consideradas naturales, en vista de la multiplicación de estos cursos en tan pocos años. O sea: desde 1943, cuando empezaron a funcionar los primeros cursos de periodismo en Brasil hasta el final de los años 60, existían 20 cursos, hoy son casi 70. Es natural que no podría darse todo correctamente. Cabe también destacar que la crítica a los cursos de comunicación es un tanto nebulosa en ciertos aspectos. No se cuestiona la situación de determinados cursos de comunicación, principalmente los administrados por escuelas particulares. Se cuestiona la necesidad misma de cursos de comunicación. Y ahí arribamos al punto en que los críticos más recientes -incluyendo el Consejo Federal de Educación- preguntan: ¿Son estos cursos necesarios para la Sociedad? Pienso que la crisis actual, es, en buena parte, una crisis provocada por la dificultad que tienen los empresarios periodísticos para atacar directamente la reglamentación profesional más reciente, la de 1979, con la cual ellos no coinciden.

Profesor Edemilson Siqueira Neto. Antes de aprobada la reglamentación profesional no hubo manifestación alguna por parte de los empresarios u otro sector de la sociedad brasileña, en el sentido de criticar la formación de profesionales de periodismo, ni tampoco críticas a la calificación profesional de los

Cursos de Comunicación. Es solamente a partir de la reglamentación profesional del periodista, que este problema comienza a ser discutido, nunca han estado interesados en la calidad de la formación profesional; solamente ahora este problema está en juego, y de un modo escandaloso tal como lo estamos presenciando.

Profesor José S. Amorín. Yo deseo enfatizar que los cursos se han expandido armónicamente con los intereses de los diversos sectores de la sociedad: autoridades educacionales, sectores empresariales, trabajadores de la industria cultural y sectores de clase media que aspiraban al ingreso en la universidad. Esta convergencia de intereses es clara por la propia naturaleza de las carreras implantadas entonces en las escuelas de comunicación que son: Periodismo, Relaciones Públicas y Publicidad. Las dos últimas surgen en el momento en que el desarrollo industrial brasileño avanza y se moderniza cada vez más, en la segunda mitad de la década del 60. En consecuencia observamos que en la génesis del curso de Comunicación hay una armonía de intereses multisectoriales en torno de los cursos. En el caso de la carrera de Periodismo, además de la tradición, se sumaba otro factor que la fortalecía como carrera universitaria: la ampliación del público lector de formación universitaria, producto de la expansión de la enseñanza universitaria brasileña sucedida en el período 1965-1975.

Profesor Geraldo R. Moraes. En primer lugar es bueno recordar que esta proliferación de cursos no incluyó solamente a los cursos de comunicación; alcanzó a toda la enseñanza universitaria brasileña a partir de la reforma universitaria que posibilitó la apertura de escuelas en casi todos los puntos de país. A esto se le conoció como "democratización de la enseñanza"; de hecho, significaba el deseo de privatización de la enseñanza. Es interesante indicar que las personas que auspiciaron, defendieron y ejecutaron esta proliferación de escuelas, se identifican hoy con quienes critican el bajo nivel de la enseñanza. En otros términos, diría lo siguiente: no fueron los comunicadores quienes solicitaron más escuelas de comunicación; fueron aquellos que ahora critican los cursos de comunicación y personajes que se identifican con ellas. Esto es curioso: Ud. multiplica los cursos y después reclama porque

los cursos se multiplicaron. Otra observación: en general, la comunicación en Brasil, fue acusada siempre por su bajo nivel; no voy a entrar en la discusión, porque eso depende de criterios completamente subjetivos, pero supongamos que históricamente los medios de comunicación en Brasil tuviesen un bajo nivel. Si nosotros observáramos la actual televisión brasileña veríamos que exhibe un nivel bastante más alto que el alcanzado por países que se encuentran en una situación de desarrollo económico-social correspondiente al nuestro. Comparando el Brasil con otros países en situación semejante, nuestra televisión está un poco mejor. La publicidad brasileña, por ejemplo la reciente exhibición de las películas en el Festival de Cannes, es semejante a la de los países más desarrollados. El cine brasileño hoy, después de haber aumentado su producción en un 300 por ciento es cualitativamente uno de los seis más importantes del mundo y uno de los más reconocidos por su calidad internacionalmente. El periodismo brasileño no puede ser considerado en modo alguno un periodismo de bajo nivel. Uno de los aspectos que ayudó a mejorar su calidad, fue precisamente la formación de profesionales de nivel superior, a menos que alguien pretenda defender el argumento de que antes de la formación superior en periodismo el nivel era mejor de lo que es hoy. Me parece que este argumento es tan absurdo que no es posible defenderlo.

Profesor Walter de Goes: Tengo miedo de que esta discusión derive, si ya no ha derivado, en una actitud que enturbie la crítica de nuestro trabajo como profesores, y de la propia enseñanza de periodismo y de comunicación en Brasil. Mi opinión sobre las cuestiones que aquí se han planteado es ciertamente diferente de la de mis colegas; claro está, la diferencia reflejará nuestra formación: ustedes tienen una larga militancia académica y yo tengo una larga militancia periodística. Es esta especificidad de mi formación que yo invoco para decirles que los periódicos no se están oponiendo a los cursos de comunicación y no lo hacen en virtud de los dispositivos legales que vinculan el ejercicio del periodismo a la formación universitaria en comunicación.

Podríamos decir que las empresas periodísticas están interesadas en eliminar la obligatoriedad de la formación en comunicación, con la finalidad de aumentar la oferta de mano de obra a las redacciones, tornando esta mano de obra más barata todavía. El argumento

sería realmente coherente con la lógica capitalista, pero errado. Ocurre que la oferta de mano de obra periodística ya es muy grande —nunca ha sido tan grande en toda la historia— y es exactamente por eso que los salarios pagados por las empresas están siendo velozmente degradados. Existe ya tal desequilibrio en el mercado que las empresas imponen unilateralmente los términos salariales

de esa mano de obra. Es decir: un aumento considerable de la oferta de mano de obra periodística por medio de la desvinculación del ejercicio periodístico a la formación universitaria, sería nula en efectos, pues el excedente de recursos humanos periodísticos ya degradó los salarios a su límite máximo. En realidad, los periódicos están oponiéndose a los cursos de comunicación, en virtud del bajo nivel de calificación de la mano de obra formada en estas escuelas. Y yo pienso que nosotros debemos tener el coraje de enfrentar la validez de esa discusión.

Profesora María de Lourdes: Quería sólo recordar que en este país no hay ningún sitio en donde no exista por lo menos un curso de Derecho... Y ni por esto se quieren acabar con los cursos de derecho, así como los de filosofía, etc. Ahora, en cuanto a lo que Walder acaba de decir sobre la calidad del profesional es algo un tanto difícil, y personalmente no me siento en condiciones de efectuar esta comparación, aunque tengo una opinión. A partir de la existencia de los cursos de comunicación aquel panorama cambió. Es evidente que el talento siempre cuenta. No obstante, creo que sin la existencia de los cursos de comunicación continuarían ingresando en la profesión profesionales que en verdad no tienen una formación específica. Hoy, si un profesional goza de una visión general de la profesión, está iniciándose en la carrera como cualquier otro, cuenta al menos con una formación dentro del raciocinio, de los criterios, de las teorías, de las técnicas, de todo lo que debe constituir la formación de un profesional de comunicación y no de un profesional del Derecho con aptitudes para redactar.

Profesor Walder de Goes: Coincido en cuanto al hecho que sería un absurdo culpar únicamente a los profesores por la mala calidad de la enseñanza de comunicación en Brasil. Yo responsabilizaría a la estructura curricular, a la orientación otorgada a los cursos por las

universidades y, si desean, culparía inclusive al régimen pues podría no ser de su interés formar cuadros competentes, con capacidad crítica para el ejercicio del periodismo. Pero a mí me gustaría enfatizar en dos puntos. El primero se refiere a aquel viejo periodista anterior a los cursos de comunicación, que habiéndose iniciado en los periódicos sin ninguna calificación técnica o intelectual; comenzaba de aprendiz y su formación tenía lugar a lo largo de su vida profesional transformándose en un pragmático. Lo que ahora lamentamos es que los jóvenes que llegan a las redacciones, provenientes de los cursos de comunicación, no son fundamentalmente distintos —y a veces son peores— de aquellos pragmáticos. Es decir: los cursos no cambiaron el panorama, no cambiaron la mala historia, porque los jóvenes llegan a las redacciones con la misma precariedad con que nos iniciamos profesionalmente nosotros en el pasado. El joven de hoy no presenta muchas diferencias intelectuales en relación al joven aprendiz de periodismo del pasado. Entonces, ¿para qué sirvieron los cursos?

La segunda observación, en respuesta a lo dicho por mis colegas, es la siguiente: en términos de la prensa escrita, no creo que los cursos de comunicación estén formando cuadros técnicamente aptos. Hasta ahora, lo que veo son las redacciones de periódicos entrenando su propio personal para satisfacer las exigencias de su progreso técnico. Así, no vale el argumento de que los medios de comunicación critican los cursos de comunicación por estar buscando técnicos, y que esos cursos ofrecen intelectuales. No creo que un profesional caracterizado por su conocimiento técnico deje de ser, sólo por esto, un intelectual. Al final, el entrenamiento técnico es una adquisición intelectual.

Profesor Venicio A. Lima: Pienso que deberíamos regresar al planteamiento inicial del profesor Salomao, y centrar la discusión en dos puntos: primero, el cuestionamiento de la calidad de los cursos de comunicación. Y segundo, los temas relativos a la propia necesidad de la existencia de estos cursos. Yo quería desarrollar algunas reflexiones sobre tales puntos: el problema de la calidad de la enseñanza —y sobre esto habrá seguramente un acuerdo entre los propios impugnadores de la enseñanza de la comunicación—, no es privilegio de los cursos de comunicación; al contrario, es una crisis que no sólo atañe a la crisis de la enseñanza superior, es una crisis de la enseñanza en Brasil; es una crisis estruc-

tural. Ahora, hay algunos puntos que necesitan quedar claros para mejorar el análisis de cómo esa crisis que es general, se manifiesta en los cursos de comunicación. Pienso que sería fácil demostrar que la calidad de la enseñanza ha sido una preocupación permanente de algunas personas vinculadas a la enseñanza de la comunicación. Hace muchos años ésta ha sido la preocupación de una entidad como la ABEPEC, que ya celebró inclusive algunos congresos sobre el asunto. Eso quiere decir que la constatación del problema de la crisis general de la enseñanza, manifestada en los cursos de comunicación, no es privilegio de aquellos que sólo ahora comienzan a hablar del asunto. Muchos de nosotros estamos preocupados con la crisis y ya la denunciamos hace mucho tiempo en la Cámara de los Diputados y en varios artículos publicados.

Así, la crisis de que tanto se habla ahora no es novedad para nosotros. Ella puede ser localizada no solo en el ámbito de la crisis general de la enseñanza, pero, en el caso particular de la comunicación, ella puede ser localizada, seguramente en el crecimiento vertiginoso de la enseñanza particular en Brasil. No es por casualidad que el sector con mayor crecimiento el año pasado fue la "industria de la enseñanza", y no es tampoco circunstancial que aproximadamente el 70 por ciento de los cursos de comunicación existentes en el Brasil, sean cursos particulares concentrados en los grandes centros urbanos: Sao Paulo, Rio de Janeiro, Belo Horizonte, Porto Alegre; exactamente en donde creció con gran intensidad la "industria de la enseñanza particular" en los últimos años, y por supuesto, con el apoyo gubernamental. Con relación al primer parámetro de esta discusión debemos pues, tener bastante claro que la crisis de la calidad de enseñanza es general, aunque tenga dimensiones particulares en el caso de los cursos de comunicación. Además la crisis está porcentualmente localizada en el crecimiento de la enseñanza particular, y a nosotros no nos sorprendió esta discusión, al contrario, fuimos los primeros en denunciarla. Muchos de nosotros, como miembros de Comisiones de Verificación para reconocimiento de cursos de comunicación por el Consejo Federal de Educación (CFE), hicimos denuncias específicas, inclusive sobre el propio proceso que el CFE utiliza para reconocimiento de estos cursos. Yo mismo integré una comisión y en un documento paralelo dirigido al CFE, cuestionamos el procedimiento del Consejo. Llamábamos la atención por el hecho de que el control del crecimiento de los cursos, sobre todo en la enseñanza particular, no es posible en una fase de reco-

nocimiento. El control tiene que efectuarse cuando se autoriza el funcionamiento. De esto hace ya cinco años. Hoy, cuando el CFE niega autorización para el funcionamiento de ciertos cursos se origina un alboroto total aunque esa medida hubiese sido sugerida hace mucho tiempo por personas vinculadas a los propios cursos.

Es necesario también que se acentúe algo sobre la calidad de los cursos de comunicación: si se considera, por ejemplo, lo que era hace 10 años la producción intelectual, académica y de reflexión sobre los problemas de comunicación en el país, y se lo compara con lo que está surgiendo en términos de esta producción hoy, no hay duda que comienza a existir una reflexión brasileña sobre los problemas de la comunicación. Podría citar como ejemplo la producción de tesis académicas, que se han gestado en los cursos de comunicación al nivel de maestría, entre los cuales orgulloosamente se incluye el nuestro, fruto de muchos esfuerzos y trabajo desarrollado hasta aquí dentro de la Universidad de Brasilia. Todas esas preocupaciones que están surgiendo dentro de los cursos de maestría, comprueban la vitalidad del sector.

Tenemos aún una observación paralela con relación a la absorción de los profesionales por el mercado de trabajo. No se puede negar que los cursos de comunicación se transformaron a lo largo de los oscuros años de la censura y del autoritarismo que nosotros mismos protagonizamos, en focos de insubordinación, cuestionamiento, crítica y reflexión, debido al propio objeto de estudio de la comunicación—¿cómo es que podemos ocultar a un estudiante de periodismo el problema de la censura? Así, nosotros no podemos ignorar el fuerte componente político presente en los cursos de comunicación, en los profesionales que asistieron a esas escuelas, en la literatura que empezó a producir en los cursos de postgrado y a circular entre alumnos y profesores. Los profesionales que pasaron por estos cursos se transformaron entonces en profesionales incómodos para las empresas de comunicación. De modo que cuando se analiza el problema del costo de mano de obra, como Walder lo mencionó, no se puede desvincular el problema del costo político. Los periodistas profesionales contratados hoy, son profesionales formados en escuelas, vinculados a sindicatos, con actuación política definida, formados en una época en que la represión era más violenta en este país. La comunicación, debido a su propio objeto de estudio, y por las propias condiciones históricas específicas del Brasil en los úl-

timos años, propició la formación de personas con gran sentido crítico, reivindicativo, cuestionador y polemizador. Esto difícilmente será sofocado por las grandes empresas. La argumentación del bajo costo, que yo reconozco, no puede ser desvinculada de la contraargumentación en su aspecto político.

Con esta observación paralela, me gustaría plantear ahora algunos puntos con relación a la necesidad o no de la existencia de los cursos de comunicación. Me parece que el cuestionamiento se ha presentado en dos direcciones: una línea de argumentación demanda la simple extinción de los cursos; la otra plantea el problema de la formación en comunicación como necesaria solamente a nivel de postgrado para profesionales ya graduados en áreas específicas del trabajo periodístico. Por ejemplo: el periodista económico sería formado en economía, el periodista político en Ciencias Políticas, etc. Esos profesionales eventualmente harían un curso de postgrado en comunicación.

Por lo tanto, el dilema es: ¿son los cursos realmente necesarios? Ignoro la respuesta pero me gustaría sugerir algunas ideas para que sean contempladas en nuestra discusión. Existen por lo menos dos líneas de argumentación. Ninguna de ellas es exclusivamente mía. Ellas son fruto de reflexiones que ya fueron hechas aquí, en la Universidad de Brasilia. Una es la siguiente: el profesor Salomao dijo con mucha propiedad el otro día que sólo la existencia de la Rede Globo de Televisión en Brasil justificaría dos centros de estudios, con cien (100) profesores dedicados exclusivamente a discutir y reflexionar sobre su impacto en la sociedad. Dentro de este razonamiento, la magnitud de los problemas del área de la comunicación y el modo cómo la comunicación social está organizada en Brasil, exigen un espacio de reflexión. Esa discusión no es, ni podría ser hecha dentro de los propios medios de comunicación. La crítica independiente, debe ser ejercida fuera de los medios y de las agencias de publicidad; fuera de las agencias de relaciones públicas y fuera de los periódicos; fuera de los grandes monopolios de comunicación que están hoy aquí. Entonces, ¿porqué abandonar la tradición que está formándose, bien o mal, en los cursos de comunicación? ¿Cómo desvincular los cursos de postgrado de la experiencia del bachillerato, si en la realidad ellos son parcialmente el resultado de esas experiencias? Por ejemplo, en el caso de la Universidad de Brasilia, hay una tentativa deliberada de incorporar

cada vez más al postgrado la experiencia de casi 20 años de enseñanza de bachillerato. ¿Porqué abandonar esta tradición en formación si se reconoce la magnitud de los problemas que ameritan ser estudiados? La discusión de los temas de comunicación es fundamental para la sociedad, para la reflexión social, la interpretación, y el entendimiento. ¿Dónde sino, debería hacerse esa reflexión? ¿Porqué abandonar lo que ya existe?

La otra línea de argumentación marcha más o menos paralela a la anterior y es la siguiente: la crítica que se ha hecho al decir que los cursos de periodismo carecen de contenido propio, sugiriéndose la formación exclusivamente a nivel de postgrado para profesionales de especialidad ya definida, comete un error fundamental a propósito de la función de la Universidad. Si ésta consiste en preparar mano de obra para el mercado profesional tal como existe hoy, la misión de la Universidad es muy pobre. Por sobre todo la función de la Universidad debe consistir en cuestionar y educar profesionales para la utopía posible de la sociedad que nosotros anhelamos. Si mañana vivimos para una sociedad en donde prevalezca la "comunicación alternativa", fuera de los grandes monopolios, fuera de los grandes grupos, ¿dónde debería prepararse el nuevo profesional? ¿En cursos de postgrado con especialización concebidas en función de la demanda existente hoy? Entonces, si se piensa la Universidad como institución que ante todo debe reflexionar y contribuir al perfeccionamiento de las formas institucionalizadas de convivencia social ¿dónde sería formado el nuevo profesional para la sociedad reorganizada de un modo distinto, más justa y más humana? ¿O será que no corresponde a la Universidad el intento de reorientar la demanda ya establecida por el mercado de trabajo? En esta nueva perspectiva, los cursos de bachillerato en comunicación son necesarios. El fundamento de que los cursos no son necesarios responde a la demanda del mercado tal como existe hoy; centralizado y monopolístico. Si se descentraliza la estructura de los medios de comunicación, esto es, si la producción de la televisión es descentralizada; si los periódicos de las pequeñas ciudades y comunidades conducen experiencias de movilización popular, a través de la comunicación local, ¿en dónde vamos a buscar este nuevo profesional? ¿A nivel de postgrado, en los egresados de economía o ciencias políticas, o en cursos de bachillerato de comunicación? Formar profesionales para la utopía que deseamos. Tal vez éste sea el problema central de la Universidad: preparar al profesional para la so-

ciudad que todavía no está aquí y aportar para la transformación de la sociedad establecida.

Profesor Walder de Goes: Tengo tres observaciones al comentario de Venicio. La primera es que nosotros no debemos dejar de criticar los cursos de comunicación, simplemente porque existe una crisis general de la enseñanza universitaria. Pienso que hay una problemática especial de los cursos de comunicación y que éstos presentan una dimensión específica en el ámbito general de la enseñanza. Más todavía; aunque se mantenga dentro de la crisis general de la enseñanza superior, la crisis plantea singularidades relevantes. Estoy de acuerdo en que podemos enfrentarlas en el ámbito de la crisis general, pero sin prescindir de las peculiaridades. Porque, olvidando el carácter particular, estaríamos nosotros rehuyendo a la problemática de la cual somos directamente responsable.

La segunda observación es que yo coincido en el hecho de que los cursos expandirán calificadamente el flujo de reflexiones sobre los problemas de la comunicación social en el Brasil. Pero de cualquier modo, aún admitiendo como posible esa excelencia crítica de los medios de comunicación, nosotros quedamos en una situación incómoda: los egresados son capaces de escribir un lindo y competente discurso sobre los medios, pero son incapaces de hablar sobre la realidad social, económica y política de su país. Nosotros sabemos que nuestros estudiantes no conocen siquiera la historia brasileña, para no hablar de la capacidad de asumir una actitud crítica en relación a la historia nacional.

La tercera observación —hablo siempre en base a mi experiencia personal como periodista— es que no advierto una preocupación especial de los medios con los compromisos ideológicos de los egresados. Se intentó decir aquí que las empresas periodísticas están en campaña contra los cursos porque las escuelas "contaminaron" ideológicamente la mano de obra ofrecida al periodismo. ¿Será cierto esto? Pienso que no. La "contaminación ideológica" no es privativa de los cursos de comunicación. Las empresas tendrían los mismos "problemas" en caso de buscar gente en los cursos de sociología, historia, política, o lo que sea. Es decir, el argumento dere-

chista de la "contaminación ideológica" no se aplica específicamente a los cursos de comunicación, sino a todo el mundo universitario brasileño. Además, creo que las empresas no están preocupadas con esta característica particular de los cursos. En el pasado, siempre tuvieron ellos que confrontar el problema de las diferentes posiciones ideológicas entre sus direcciones y sus redacciones. Cuando los cursos de Derecho proveían la gran masa de trabajadores del periódico, por ejemplo, el mismo conflicto se presentaba tan agudo como ahora. Los egresados de jurisprudencia en el periodismo eran combatientes liberales que incomodaban al derecho ortodoxo de las empresas. Nosotros sabemos que el liberalismo no es ajeno a la ideología oligárquica en la historia brasileña. Al contrario, el liberalismo siempre fue el horizonte de la oligarquía. Sin embargo, los periódicos brasileños, con pocas excepciones, jamás se comportaron en el límite de las pautas ideológicas de la oligarquía o de la derecha. El liberalismo de la prensa brasileña jamás fue otra cosa que un arma táctica para enfrentar adversarios circunstanciales. Ahora mismo observamos cómo los periódicos adoptaron posturas liberales para combatir la estatización de la economía y revocaron aquellos "compromisos" liberales con el propósito de conformar un nuevo acuerdo con el régimen. En resumen, la empresa brasileña, desde un punto de vista ideológico, es perfectamente pro-capitalista. Así, tanto lamenta la impronta ideológica de los cursos de comunicación como la impronta ideológica presente de toda la enseñanza universitaria brasileña; con la misma actitud que antaño lamentaba los compromisos liberales de los periodistas formados en los cursos de Derecho.

Profesor Geraldo Moraes: Considero que ese criterio es idealista. Si nosotros estuviéramos de hecho en una discusión sobre el nivel de los cursos de comunicación, pienso que deberíamos aceptar esos términos y discutir el nivel de la enseñanza. Pero, en tanto el problema actual es el problema político, como Venicio lo explicó muy bien hace poco, y no un problema técnico de formación de comunicadores, si yo acepto la discusión en tales términos, estaré aceptando ir hacia un terreno interesante pero que en absoluto podrá resolver el problema. O, en todo caso, resolverá el problema de quienes pretenden reducir la importancia de la propia actividad del periodista.

Lo que me impresiona más, y pien-

so estar cercano al planteamiento de Venicio, es que los estudiantes sean incapaces de reflexionar sobre la realidad en la cual ellos están viviendo, porque la capacidad más importante que fue sustraída de nosotros no fue la capacidad de almacenar informaciones sino la capacidad de poder producir un pensamiento, una interpretación, sobre todo crítica, de la realidad en la que estamos viviendo.

Profesor Walder de Goes: A mí me perjudica muy poco que la autoridad me envíe a dar clases sobre la vida de los esquimales. Simplemente utilizo mi autonomía académica y lo que imparto es la historia del Brasil. Y lo hago críticamente. Ahora, insisto en decir que mi foco de interés es otro: no hallo correcto basar nuestra contestación a la crítica de los cursos de comunicación en el exclusivismo de la motivación política de quienes efectúan esa crítica. O sea, ciertamente existe un combate a los cursos y ese combate será una motivación ideológica, pero si nosotros mismos no vemos la deficiencia de nuestros cursos, si nosotros pasamos por encima del hecho de que hay deficiencias, ciertamente estamos abriendo flancos al adversario. Debemos enfrentar el combate en todos los niveles, especialmente en la crítica específica a los cursos de comunicación, sea esa crítica sincera o no. De lo contrario, nos quedaremos muy vulnerables en toda esta historia.

Profesor José Salomao Amorin: Retomando la posición inicial del consenso que hubo por parte de diversos sectores sociales en torno a la necesidad de cursos de comunicación, yo diría que hoy ese consenso está roto. El disenso se manifiesta por la voz de diferentes actores, cada uno con sus intereses. Hay intereses políticos, de grupos que creen que la formación en comunicación es algo peligroso, y hay intereses económicos, de grupos que ya no consideran esta especialización universitaria tan lucrativa.

La preocupación política tiene lugar en sectores gubernamentales y empresariales. Estoy de acuerdo con Walder cuando él dice que antes de existir los cursos de comunicación el periodista ya era combativo. Sí, lo era. Creo, sin embargo, que hay muchas razones para pensar que él podrá ser más combativo al frecuentar los cursos de comunicación, aprendiendo técnica, conociendo la realidad económica, política y cultu-

ral de la cual será un protagonista; pero no sólo esto. También desarrollará la capacidad de comprensión y reflexión sobre el propio significado de su actividad en la sociedad. En el momento en que concentramos estudiantes y profesores en instituciones especialmente dedicadas a la formación de comunicadores, estamos creando una sólida base para la reflexión sobre el fenómeno de la comunicación, lo que no se conseguiría si el comunicador fuese formado en Economía, Sociología o Educación pues ahí, la comunicación sería solamente un adjetivo o talvez ni siquiera esto.

Puede ser que ninguno de nosotros haya visto en los propietarios de los medios, síntomas de temor al periodista egresado de los cursos. Pero, aún cuando nosotros no podamos detectar evidencias empíricas de este miedo, creo que existen fundamentos en la tradición liberal de los medios de comunicación donde los propietarios asumen una cierta desconfianza en los profesionales egresados de las Escuelas. Esta actitud proviene del dogma liberal de que hablar sobre medios de comunicación, definir sus pautas de conducta, son atribuciones de los propietarios de los medios y de ninguna otra persona en la sociedad: ni del Estado, ni de los trabajadores de la industria cultural. En las actuales críticas a los cursos identifico razones de orden político. Esto no quiere decir que debemos "eludir" la crisis actual de los cursos en sus componentes técnicos, como lo ha mencionado Walder. Desde el punto de vista técnico, el asunto se presentaría en dos niveles: 1) la propia validez de los cursos y Escuelas de Comunicación, ya suficientemente debatido aquí; 2) la discusión respecto a la calidad de la enseñanza. En cuanto a la calidad, se afirma que los cursos no han sido capaces de formar buenos profesionales; en palabras de un director de la Editorial Abril: "profesionales capaces de enlazar el hoy con el ayer y con el mañana". Creo que en este aspecto no debemos tener ningún recelo de las críticas y aceptarlas, a modo de presiones útiles para mejorar las escuelas.

Me gustaría además añadir otro tema que puede ser incorporado a las críticas efectuadas a los cursos: el interés económico de las escuelas particulares—privadas. En una reunión reciente un profesor de una escuela particular observó con mucha propiedad que el nuevo currículum de las escuelas de comunicación establece, entre otras exigencias, la instalación de grandes laboratorios y equipos por las escuelas. Ahora bien, si nosotros miramos el pasado, vamos a ver

que en la segunda mitad de la década del 60 se expandieron las escuelas estimuladas por el gobierno. El propósito consistía en ocupar una faja de la enseñanza superior donde existía una gran demanda de cupos. Muchos cursos preparatorios a la universidad y escuelas de segundo grado se transformaron entonces en establecimientos de enseñanza superior del día a la noche, en contrapartida al buen negocio que les estaba siendo ofrecido. Las autoridades educacionales nada exigían de las escuelas en materia de equipos e instalaciones. O les exigían muy poco. Vimos entonces, situaciones lamentables de escuelas en el interior, que funcionaban a 20 kilómetros de la redacción de un periódico en el cual había una sola máquina de escribir y en donde numerosos alumnos debían recibir entrenamiento. A través de este convenio la escuela resolvía su problema de equipo y laboratorios. Ahora, el CFE exige, a través del nuevo currículum mínimo, equipos y laboratorios en cantidad y calidad inimaginable antes. Esto transforma a las escuelas de Comunicación en un negocio menos rentable.

En consecuencia, nosotros podemos prever qué interesará a las escuelas: defender la propuesta de inspiración patronal (apoyada por algunas autoridades educacionales) en el sentido de la extinción de los cursos de comunicación y de anulación de la exigencia del diploma para el ejercicio de la profesión. Para las escuelas privadas, será mucho más cómodo defender una reglamentación que permita a cualquier persona portadora de un diploma de curso superior ejercer la profesión. Así, las escuelas continuarán impartiendo sus cursos de letras, administración, derecho, pedagogía, etc., que no exigen altas inversiones en laboratorios y equipos, y en contrapartida, mantendrán el mercado de trabajo de comunicación.

Profesor Ubirajara da Silva: Sobre el tema del profesional crítico me gustaría citar ejemplos que confirman la existencia de prejuicios por parte de los empresarios en relación a los profesionales egresados de escuelas: un gran periódico paulista, que frecuentemente se pronuncia contra las escuelas de Comunicación, publicó en 1980 una serie de editoriales sobre la huelga de los periodistas de Sao Paulo. Este periódico aseguraba que la participación de un contingente de personas oriundas de escuelas de comunicación era la causa determinante de la huelga. El tercer editorial de esta serie identificaba a las escuelas como foco de rebeldía, en donde las ideas de democracia y de libertad habrían desaparecido en "un proceso de catequesis de los ac-

tivistas". La posición coincide con la de otras fuentes que también acusan a las escuelas en términos muy semejantes. El Centro de Informaciones del Ejército —CIE— ya había denunciado a las escuelas de comunicación como focos subversivos, ya que —debido a las limitaciones del mercado de trabajo— estarían formando profesionales para la llamada prensa alternativa (el informe fue sobre los periódicos independientes). En un documento de 1977, un director de la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR), también opinó sobre las escuelas, a propósito de la creación de un Comité destinado a combatir la supuesta "izquierdización" de la UNESCO. Luis Alberto Solé, director de la AIR, propuso la necesidad de fundar "una escuela de comunicación latinoamericana que instale firmes principios democráticos en relación a la libre expresión, democracia, etc". La preocupación nacía de lo que a su juicio serían tendencias izquierdistas o totalitarias presentadas por muchas escuelas de comunicación en América Latina.

Ante lo expuesto, vale un comentario personal: entiendo que las críticas de este periódico paulista, del CIE y del Comité de Libertad de Prensa, carecen de fundamento. Tengo la sensación que hay una gran variedad de corrientes ideológicas representadas en las escuelas de comunicación, sin predominar visiblemente alguna. Tales críticas, por lo tanto, no tienen base en la realidad. Pero los ejemplos apuntan al hecho de que las escuelas han sido denunciadas e identificadas como formadoras de profesionales críticos.

Profesor José Salomao Amorin: Pienso que parte de la propia dinámica de un área de conocimiento consiste en que, al empezar, uno se aproveche de experiencias ajenas. No se puede negar que las escuelas de comunicación entre nosotros, al igual que todo nuestro modelo de comunicación, incluyendo el periodismo y la radiodifusión, sufrieran gran influencia norteamericana. Pienso que con el tiempo, la propia dinámica de una profesión o de un área del conocimiento madurará y asumirá su propia postura, desarrollando una capacidad propia de discernimiento, de saber lo que le sirve y lo que no le sirve. Quizás, lo que está sucediendo en el área de la comunicación es que las personas que ahí trabajan están adquiriendo autonomía y capacidad de reflexión. Esto explica en parte el porqué de las acusacio-

nes a las escuelas como centros de cuestionamiento. Además, esa asociación de las escuelas de comunicación con la rebeldía proviene de la propia naturaleza de la profesión del periodista, tal como es percibida en las sociedades liberales. Se trata de una profesión que cultiva la indignación, en el buen sentido de la palabra, de una profesión cuya esencia es su actividad cuestionadora, fiscalizadora.



Profesor Venicio A. de Lima: No hay ninguna duda que existe una insatisfacción muy grande en nosotros, a propósito de la calidad general de la enseñanza de la comunicación en nuestro país. Yo no tengo miedo de hablar en el nombre de mis colegas, porque ésta es seguramente la opinión de los profesores del departamento de comunicación de la Universidad de Brasilia. Nosotros hemos discutido esta cuestión hace ya varios años. Haber privilegiado el aspecto político en la discusión es consecuencia, posiblemente, de lo que ha sido hecho en Brasil en los últimos años. ¿Cuántas veces organizamos comisiones sectoria-

les para discutir la calidad de la enseñanza por carrera profesional? Nosotros tenemos una tradición de insatisfacción, reiterada permanentemente, con relación al problema de la calidad de la enseñanza. Es natural que sean privilegiados otros aspectos y no la calidad, porque conocemos y hemos discutido este problema hace ya mucho tiempo. No estamos satisfechos con la calidad de la enseñanza. Nosotros ya hemos denunciado el crecimiento desordenado de las escuelas; fuimos pioneros en la implantación de cursos de postgrado porque precisamente reconocimos la importancia de la preparación del personal docente para las escuelas. Sin perder de vista el cuadro general de la crisis de la enseñanza, nosotros no estamos satisfechos. Sería una visión distorsionada del pensamiento de este grupo, si nuestra mesa-redonda terminase y no quedase en claro que nosotros no estamos satisfechos con la calidad de la enseñanza; sabemos por ejemplo que existe solamente en Brasilia una oferta de más de 200 cupos anuales para cursos de comunicación. Siempre hemos denunciado esto y hemos tenido conciencia del problema. Quizá, el grupo que está aquí, desde hace más de diez años, ya esté cansado de discutir la cuestión de la calidad de la enseñanza. Nuestra escuela acepta solamente veinte nuevos alumnos por semestre. Los índices de aprovechamiento de egresados en el mercado profesional son excelentes, acaso mejores que los de muchas carreras consideradas como de contenido intelectual propio. Puede ser que esto no signifique nada pero lo cito para reforzar el criterio de que nosotros estamos muy tranquilos con relación a las críticas sobre la calidad de la enseñanza.

Sin pretender ser arrogante, pienso que somos un grupo diferenciado del promedio de las escuelas de comunicación. Por ejemplo, más de la mitad de nuestros profesores están dedicados exclusivamente a la universidad. No sería correcto, en consecuencia, si de esta mesa-redonda se concluyese distorsionadamente que la calidad de la enseñanza no tiene importancia para nosotros. Claro que la tiene. Pero hemos denunciado el problema, de muchos modos: sea a través de una acción aislada de varios de nuestros profesores, o de asociaciones gremiales como la ABEPEC; sea a través de nuestra actividad como miembros de las comisiones de Verificación de Escuelas del Consejo Federal de Educación, etc. Por tanto es natural que con una tradición de cuestionamiento de la calidad de la enseñanza, priorizemos otros aspectos de la actual crisis de la enseñanza de la comunicación. (traducción de Luiz Gonzaga Motta).